

Conversación 44
EL ÚNICO HABITANTE DEL MUNDO

Positano, 10 de febrero.

Con la esperanza de poder descansar alquilé una villa próxima al mar, en esta maravillosa costa. Anoche, mientras regresaba a casa en medio de la oscuridad, tropecé con un cuerpo humano tendido delante de mi puerta. Tuve por un momento la sensación de experimentar un escalofrío, pero muy breve porque no se trataba de un muerto, ya que de aquel cuerpo tendido sobre el empedrado surgió una voz que decía

-¿Aún estás vivo? ¿Eres tú el amo?

Aquel hombre se levantó. Encendí entonces mi linterna de bolsillo y con la otra mano me aseguré de que llevaba mi revólver. Vi ante mí el rostro imbécil de un pordiosero que tendría treinta años o poco más de edad, estaba todo sucio de polvo y cubierto por pelos ensortijados. Le pregunté

-¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere? Sonrió estúpidamente y replicó

-¿No tienes algún lugar donde pueda dormir: un establo, un granero, un sótano? ¿No tienes un pedazo de pan, un ajo, dos nueces?

Comprendí que era un mendigo vagabundo y me pareció inofensivo. Sin responder palabra le hice pasar al jardín y luego a un cuarto de la servidumbre, ordenando que le trajeran comida. Rechazó la sopa y la carne, pero aceptó el queso y las nueces. Una vez comido le pregunté quién era y por qué andaba vagando por ahí con tal atuendo, pues estaba vestido con telas de saco mal cosidas, llevaba en la cabeza una especie de guirnalda hecha con hojas secas y en los pies unas sandalias de paja mal entretejida.

- Me llamo Eugenio - contestó -, y huí para aguardar la venganza. Los hombres son malos, los hombres se matan y se matarán, de modo que Dios los hará morir a todos, a todos, hasta el último. Me habían encerrado en una especie de prisión sucia, donde hombres vestidos de blanco me decían: ¡Eugenio, tú desvarías; Eugenio, estás enfermo! Eugenio, obedece y te curaremos. Pero yo no quería obedecer a aquellos hombres malos, a aquellos hombres vestidos de blanco como los peluqueros de mi región. Huí de esa prisión y voy por el mundo esperando la venganza de Dios.

-¿La venganza? ¿Qué venganza?

- Los hombres son malvados, son asesinos, se matarán todos, unos a otros, y Dios permitirá que todos mueran, hasta el último, para castigar el mal que me hicieron. Unicamente yo no moriré, sólo yo permaneceré vivo sobre la tierra y seré dueño de todas las cosas; el mundo será mío, ¡todo mío! Esta es la venganza. Los hombres querían hacer la guerra, yo no quería hacerla y entonces me encerraron en la prisión. Dios los hará morir y solamente yo quedaré; he ahí la venganza que espero.

- Pero, cuando estés solo sobre la tierra, ¿qué harás? ¿Qué comerás?

- Ordeñaré las ovejas y haré requesones, luego comeré los requesones que son blancos pero buenos. Iré a los campos y recogeré cerezas, luego comeré las cerezas que son rojas como la sangre pero son buenas. En las casas de los muertos hallaré tanto vino que me bastará para trescientos años, y beberé vino, que es blanco y rojo, pero es bueno. Seré el amo del mundo e iré a donde me plazca y ya no habrá muchachos que me tiren piedras, no habrá ningún policía que me pida documentos; no habrá ya ninguna persona porque todas habrán muerto, habrán muerto asesinadas, porque fueron malas con Eugenio y con Dios.

No logré sacar otra clase de razonamientos a aquel mentecato vagabundo, y lo mandé a dormir en las dependencias del casero. Hoy por la mañana fui a buscarlo para saber cuáles eran sus intenciones, pero el fugitivo Eugenio había desaparecido.

Los razonamientos de aquel loco me han hecho meditar acerca de un problema en el que nunca había pensado: si quedara sobre la tierra solamente un hombre, ¿cómo podría vivir? ¿Lograría sobrevivir durante mucho tiempo? ¿Se sentiría feliz por su libertad? O tal vez, ¿se sentiría desesperado por su soledad?